

SOFIA RÖNNOW PESSAH

Los hombres de mi vida

n. 0	n. 14	n. 38
n. 1	n. 15-19	n. 39
n. 2	n. 20-24	n. 40
n. 3	n. 25	n. 41
n. 4	n. 26	n. 42
n. 5	n. 27-29	n. 43
n. 6	n. 30	n. 44
n. 7	n. 31	n. 45
n. 8	n. 32	n. 46
n. 9	n. 33	n. 47
n. 10	n. 34	n. 48
n. 11	n. 35	n. 2.0
n. 12	n. 36	n. 2.1
n. 13	n. 37	

EL LIBRO QUE SUSCITÓ UN DEBATE
SOBRE EL CONSENTIMIENTO EN SUECIA



Los hombres de mi vida

Sofia Rönnow Pessah

Los hombres de mi vida

Traducción de J. M. Lacruz

COLECCIÓN
LITERADURA



«Este libro deberían leerlo sobre todo los hombres que creen entender la sexualidad femenina, o aquellos a los que fríamente les importa un bledo y piensan que las mujeres son robots sexuales».

Dagens Nyheter (SE)

«La cultura pop suele bromear sobre las mujeres que quieren sexo, no están delgadas, están resentidas y beben demasiado (piensen en Bridget Jones), pero el libro de Rönnow Pessah hace todo lo contrario. Se toma en serio el dolor de Sonia y nos permite reírnos de los hombres. [...] La prosa de Rönnow Pessah es cautivadora, rápida y carente de detalles innecesarios».

Svenska Dagbladet (SE)

«Una historia que evoca la soledad. *Los hombres de mi vida* es una de las novelas más desgarradoras que he leído».

Expressen (SE)

«Es intencionadamente poco erótica, acertadamente, y muy bien hecha. También resulta refrescante cómo es la mirada de Sonia hacia los hombres: sexualizante, cosificadora y sentenciosa».

Helsingborgs Dagblad (SE)

«Una trama intensa y llena de verdad».

Neue Passauer Presse (DE)

«Íntima. Angustiada. Destructiva. Mecánica. Obsesiva. Estas palabras describen los encuentros con los hombres que, para amplificar el anonimato cosificador, llama número 1, número 2, número 3... La estructura es intrigante».

Borås Tidning (SE)

«*Los hombres de mi vida* es una novela feminista, aunque se burle del patriarcado en los propios términos del patriarcado. Al mismo tiempo, es una novela #MeToo en el sentido de que la mayoría de los hombres tienen bastante miedo de cruzar una línea, pero lo hacen de todos modos».

Göteborgs Posten (SE)

«A medida que los capítulos y los números siguen acumulándose, el propósito de la estructura de la novela se hace evidente, ya que la sensación desenfadada se convierte en una profunda devastación. El odio a una misma cobra protagonismo, y lo que podría haber sido una anécdota divertida se va metiendo poco a poco bajo la piel, un recordatorio del insondable número de lágrimas de las que es responsable el patriarcado».

Sundsvall Tidning (SE)

Los hombres de mi vida

*Dedicado al hombre,
que, a pesar de sus limitaciones,
es al menos capaz de servir
de inspiración.*

«¿Eres una buena putita?». Me lo susurra al oído y me tira de la coleta hacia atrás, arrodillado tras mi espalda arqueada. Solo cuando le grito que sí, me penetra. Él no sabe mi nombre y a mí no me importa el suyo. Los dos tenemos veintitantos años y nos conocemos desde hace tres horas y media. Un tiempo suficiente para esto. Tras unos minutos más detrás de mí, entra en el cuarto de baño, coge un rollo de papel higiénico y me lo lanza. Me tumbo un rato, preguntándome si debo quedarme o bien irme. Un momento después, se acuesta a mi lado, se acerca y pasea la mano sobre mi estómago. Puedo ver cómo se le pone dura de nuevo. Me rodea el cuello con las manos, con demasiada fuerza, y yo le agarro la polla. Me quedo por la noche, pero apenas dormimos. Al despertar, no nos besamos. Me pregunta si quiero desayunar. Le digo que no, que tengo que irme. No parece aliviado, pero tampoco decepcionado. Me acompaña hasta la puerta envuelto en sábanas y me da un abrazo con mucha delicadeza. No nos pedimos los números de teléfono. No nos interesamos por la vida del otro. Ya nos veremos, me dice. Ya nos veremos, le digo.

Respiro. Nerviosa. Conscientemente. Todo el tiempo observo mi entorno. Sintiendo cómo me ven. Si es que me ven. Al final, alguien tendrá que verme. En una mano sostengo una botella de Fanta con más vodka que refresco. En la otra, un piti.

Mi amigo y yo —con quien he tenido sexo y que sabe más de la vida que servidora— vamos caminando por las calles peatonales de Malmö. Nos dirigimos a algún lugar para encontrarnos con alguien, o simplemente paseamos. Pasamos por la calle Jensens Bøfhus y cruzamos al otro lado del canal. Allí nos encontramos con un grupo de chicos que también deambulan por la ciudad, pero ellos con latas de cerveza en la mano. Creemos que eso nos convierte en adultos. Uno de ellos me habla y luego se enrolla conmigo y consigo sentir cómo es la lengua de otra persona. Es cálida, se mueve y la cosa es divertida.

Llegamos a un parque y siento el pánico inminente que produce la despreocupación. Tal vez yo no sea la persona más fea del mundo.

Estoy sentada en el aula. Ahora estoy sola porque mis dos mejores amigas han decidido que no les gusto y han difundido el rumor de que soy lesbiana. La idea de una chica fea a la que no le gustan los chicos es repugnante. Camino por los pasillos y escucho comentarios, pullas, mofas. Me siento en clase y me parece que todos los cuchicheos se refieren a mí. Tengo trece años, no le gusto a nadie y entiendo lo que es la soledad.

Estamos en una fiesta en el jardín de una villa de lujo con sauna en los bajos y piscina. He empezado a salir por ahí con la chica que vive aquí. Está en la clase de al lado y tomamos juntas la clase de español. Compramos la bebida a un tipo que está en un coche, detrás del instituto Borgarskolan de Malmö. Me pongo ciega de vodka y acabo en el mismo sofá que otros dos alumnos de mi clase. El cuchicheo ha cesado y ya no parece importarle a nadie. Rakel, que es guapa, dice con satisfacción que un chico de la fiesta la felicitó por seguir siendo virgen a pesar de estar en octavo del insti. Yo también digo que soy virgen y Rakel comenta que no es lo mismo. No decimos por qué, pero sabemos que es porque Rakel es popular y ha elegido ella misma que un adolescente no deshonre su cuerpo. Yo solo soy virgen.

Estoy sentada en el baño con un vibrador en la mano. Todas mis amigas tienen uno. Nos los regalamos como regalo de cumpleaños. Como una broma. Como si nunca los fuéramos a usar. Como si no sirvieran para dar placer. No pretendemos darnos placer. Me siento en el suelo y aprieto el vibrador con fuerza contra mi coño; confío en notarlo bien. Empieza a calentarse. Me detengo. Todavía no sé qué es el sexo.

Alguien consiguió entrar en la cuenta de la red social Lunarstorm de una chica de la clase. En el muro donde sueles poner quiénes son tus mejores amigos y letras de tus canciones favoritas, alguien ha escrito cosas desagradables sobre cada una de las chicas de la clase. Junto a mi nombre se puede leer: «Si lleva esos feos pantalones tan arriba es porque los sujeta con dos ganchos». El típico chiste sobre la típica chica fea. Una noche, años más tarde, estábamos pasando el rato en el garaje de un amigo, y dos de los presentes admitieron que fueron ellos los que habían entrado en la cuenta. Entonces éramos amigos, y hoy seguimos siéndolo, qué le vamos a hacer...

Estoy de pie frente a la puerta de la gran villa blanca. Dudando. Rakel organiza una fiesta para las chicas de la clase. Me recuerdo a mí misma que vamos a beber. Quedarse fuera es quedarse fuera. Llamo a la puerta. Las que ya están allí se han sentado alrededor de la mesa de la cocina y juegan a beber. Entre sorbos de vino de tetrabrik, Rakel hace circular su móvil con una foto de una chica en sujetador. La reconozco. Es de séptimo. En un tono de voz serio, Rakel me dice que la chica envió la foto a uno de los chicos guapos del último curso. Al chico con el que Rakel sale en la escuela. Estamos de acuerdo en que la tipa es una zorra. Algunas en la mesa tienen su número y le mandan mensajes de texto a la muy puta. Rakel se ríe y todas nos unimos a ella. Continuamos la velada emborrachándonos y fingiendo que fumamos tragando el humo. Bailamos un poco. Algunas vomitan en el jardín. Otras se hacen fotos besándose en la cama de Rakel. Algunas dicen que se aman. Algunas lloran. El lunes, una golpea fuertemente con el hombro a la chica de séptimo. Ella sigue adelante sin levantar la mirada. Las que estamos cerca, nos reímos. Creemos que se lo merece. Maldita zorra.

Estamos en un club de mala muerte donde los porteros hacen la vista gorda con nuestros falsos carnés de socio. Bailamos unas con otras al ritmo de la música. Hemos ido a casa de una que tiene unos padres que nunca están y no se preocupan de nada. Hemos mezclado bebidas y todas estamos pedo. Los tíos en la pista de baile son mayores y de aspecto poco agradable, pero es genial poder ser el centro de atención. Nos besamos unas a otras sin sentir atracción. Nos besamos delante de unos hombres que están que se salen. Es como si fuéramos las putas amas del mundo y las putas amas de esos tipos.